

La Ingeniería Como Acto de Compasión: La Vocación de Iluminar la Vida

Ciudadano Presidente y demás miembros de la Junta Directiva de la Academia Nacional de la Ingeniería y el Hábitat; distinguidos académicos; señoras y señores.

Es un honor que sobrepasa mis merecimientos ser recibido hoy como Miembro Honorario en esta ilustre corporación, que alberga a tantos de mis maestros y tutores.

Tenía yo apenas 17 años cuando recibí mi primera, y quizás más importante, lección de ingeniería.

No fue en un laboratorio ni frente a una represa.

Fue en un salón de clases, por un profesor de Mecánica Racional.

Aquel profesor era también el presidente del IESA. Y un día, me atreví a preguntarle qué hacía un ingeniero como él dirigiendo una escuela de negocios.

Ese día, el Dr. Santiago Vera Izquierdo, un venezolano de excepción, me enseñó tres cosas que, aunque no entendí del todo en ese momento, definieron mi carrera.²

La primera fue una "sorpresa escandalosa" para un joven de los años 70, que vivía en la Venezuela del "boom" petrolero.

Me dijo: "Venezuela es un país pobre".

Me explicó que la riqueza de las naciones no depende de los recursos que tienen bajo sus pies, sino de lo que sus ciudadanos producen, cada día, con sus ideas y con sus manos.²

La segunda lección fue que esa riqueza se fabrica, de manera científica, en las empresas.

Y que, si esa riqueza no se produce primero, no puede repartirse.²

Y la tercera, la que me trae hoy aquí ante ustedes: me dijo que para que Venezuela fuese un país próspero, se requería que miles de empresas fuesen conducidas con excelencia.

Y esa excelencia, me dijo, "no se improvisa; requiere muchos profesionales trabajando en equipo, con conocimiento y pasión".²

Esa, concluyó, era la misión.

Hoy, acepto este honor con humildad, entendiendo que la misión de esta Academia es, precisamente, ser el custodio y fomento de ese conocimiento y esa pasión.

Porque yo no tardaría en descubrir, en el lodo del campo y en los circuitos de las radiobases, que la ingeniería, cuando se ejerce al servicio de la gente, es la herramienta más poderosa para fabricar esa riqueza.

No la riqueza que se cuenta en barriles, sino la que se mide en calidad de vida.

Descubrí que la ingeniería de servicios públicos es, en esencia,

la forma más placentera y sublime de ejercer nuestra profesión.

Mi verdadera formación comenzó "en las aguas". Aterricé en el Acueducto de Caracas en 1983 por un "accidente", un accidente me sacó de mi oficina y me llevó a los barrios de Caracas.²

Y me enamoré de ese trabajo, "tan cercano a la gente y a sus necesidades vitales".

Pero gestionar el agua en Caracas era una tarea ingrata.

El acueducto tenía una larga tradición de problemas, incendios y restricciones. La sabiduría popular, con justicia, no esperaba nada bueno de Hidrocapital.²

Existía un mito, una creencia paralizante: la "maldición de Guaicaipuro".

Se decía que Caracas, por su geografía, jamás tendría agua constante. Se creía que el problema era, simplemente, irresoluble.²

Cuando me tocó asumir la presidencia de Hidrocapital en 1992, el deterioro era dramático: clientelismo, corrupción, inefficiencia.

También en esos días las grandes crisis son la madre de las soluciones.

La gente estaba convencida de que el problema no tenía solución.

Yo estaba convencido de lo contrario.

Sabía que la ingeniería nos enseña que no hay problemas

irresolubles, solo problemas mal diagnosticados o mal gestionados.

Mi convicción, aprendida de mis maestros, era que la solución requería "Talento, buena Asesoría y mucho Trabajo".²

Y tuvimos la humildad de buscar esa asesoría. Formamos un "consejo de sabios", mentores voluntarios enamorados de nuestro esfuerzo Alberto Quirós, Andrés Sucre, Francisco Aguerrevere, Efraín Carrera y el gran José González Lander.²

Ellos nos enseñaron que lo que nos parecía "imposible", para ellos eran solo unos "desafíos" que podíamos vencer.

El maestro González Lander nos enseñó que "la belleza es parte de la ética humana y una virtud gerencial".

Y la eficiencia, la puntualidad, la disponibilidad... esas son "dimensiones de la belleza de una obra de ingeniería".²

Aprendimos que la gerencia es una ciencia. Y que esta ciencia, como nos enseñó el IESE, es "profundamente pragmática" y "no tiene color ideológico". Se mide con indicadores objetivos, no con buenas intenciones.¹

La clave fue la transparencia. Por ejemplo, confiamos la auditoría de calidad del agua al célebre Laboratorio de Aguas de la Universidad Central de Venezuela.

Sus informes eran públicos. La gente empezó a confiar en el agua que bebía, y esa confianza es el primer servicio que debe proveer un ingeniero.²

Y así, con pragmatismo y el apoyo del Presidente Rafael Caldera, se culminó la obra de Taguaza.

Un embalse majestuoso y una aducción de 20 km de tubería de 2 metros.²

Y la pudimos terminar con un barril de petróleo a 8 dólares, porque si la administración de los dineros públicos es transparente, con poco se hace mucho.

Esa obra le dio a Caracas 10 años de tranquilidad.

El "mito" estaba roto.²

Pero el momento que definió mi comprensión de la ingeniería como acto de compasión, ocurrió en Lomas de Urdaneta.²

El bloque 10, un edificio de 15 pisos, llevaba ocho años recibiendo agua solo hasta el piso 8. Unas mangueras improvisadas, decenas de ellas, llevaban el agua desde el bloque 9, a 50 metros de distancia.²

Nos comprometimos a trabajar día y noche, en tres turnos, hasta investigar las causas, un verdadero misterio, para resolverlo de una.

Los obreros trabajaban rodeados por los vecinos, que les llevaban comida y café, día y noche rodeados de afecto y solidaridad venezolana.

Al tercer día, encontramos el problema. No era una avería de alta ingeniería.

Era un tobo plástico, atascado en un codo de la tubería, de

origen desconocido, bloqueando el flujo.²

Cuando retiramos la obstrucción, y el agua subió por primera vez en ocho años, la gente de Lomas de Urdaneta estuvo bailando salsa en la calle durante dos semanas.²

Ese día comprendí mejor mi vocación.

Comprendí que la ingeniería no se trata de tubos, bombas, válvulas y grandes presas.

Se trata de esos niños y mujeres disfrutando una ducha por primera vez.

Se trata de usar el conocimiento para producir "milagros" que le cambian la vida a miles de personas.

Esa es la compasión: Es la empatía que motiva a usar tu talento para que una señora, mortificada cargando tobos, un día abra el grifo y reciba agua limpia.

Esa es la bienaventuranza que nos obliga esta profesión: "Dadle de beber al sediento".²

Años después, el destino, o la Providencia, me llevó de las tuberías a las comunicaciones.

De llevar agua, a llevar conexión. Y descubrí que el principio era el mismo.

Si en Hidrocapital cumplimos con "dar de beber al sediento", el privilegio de dirigir Movilnet nos permitió "unir las ideas y los corazones de millones de venezolanos".²

Vivimos la magia de llevar la telefonía móvil del 30% de

penetración en el 2004 hasta el 90% en el 2007.²

Pero la experiencia más "placentera" de mi carrera fue la expansión de la red celular durante el año 2007 al sur del Orinoco.²

En mayo de 2007, tuve el privilegio de inaugurar el servicio en San Juan de Manapiare.

Construimos siete estaciones al sur de Puerto Ayacucho: Maroa, La Esmeralda, Atabapo, Samariapo, Isla Ratón, San Juan de Manapiare y San Carlos de Rio Negro.²

Para la población indígena de Estado Amazonas, esto no fue una simple mejora.

Fue, en un solo día, "un salto de la edad de la piedra al siglo XXI".²

La red se convirtió en una "luz que iluminó los peligros de la selva". Era protección contra epidemias, contra los accidentes, contra los abusos de algunos criollos y contra las agresiones de los garimpeiros.²

Y ocurrió algo maravilloso: miles de celulares empezaron a hablar y a escribir en curripaco, añú, hivi, enepa, piaroa, yekuana y yanomami.

Sus lenguas ancestrales, que no necesitaban ya radios de onda corta para ser oídos, ahora tenían miles de terminales en mil lugares y podían conversar también con la prensa y la radio en tiempo real.

Eso es la ingeniería como herramienta de inclusión.²

La rentabilidad fue inmediata. En menos de seis meses, la penetración celular en esas zonas remotas superó la media nacional.

El retorno de la inversión estaba asegurado. Demostramos, otra vez, que la rentabilidad social y la económica no están reñidas.²

Pero como aprendimos en el IESA, las empresas excelentes pueden ser "irremediablemente destruidas cuando están en manos de administradores incompetentes".¹

La luz que encendimos en 2007 en Manapiare, se contrasta hoy con la oscuridad de Parima B, poblado yanomami en el Alto Orinoco.²

La tragedia de marzo de 2022, donde cuatro venezolanos de la etnia yanomami murieron en un conflicto violento por el uso de la única y estrecha conexión a internet, es una herida para todos los venezolanos.

Parima B, con 3.000 habitantes, nunca recibió la estación de telefonía móvil que Manapiare celebró 15 años antes.²

En la Venezuela de nuestros días, la lucha por el derecho a la comunicación, en el interior de nuestro sufrido Amazonas, se convirtió en una causa de muerte.

Las tecnologías disponibles hoy, 18 años más tarde de aquella fiesta en Manapiare, permitirían con inversiones modestas llevar también a esas naciones salud, educación y soberanía, mediante datos móviles, para que esa fiesta se repita en más de 300 poblaciones de nuestras etnias originarias incomunicadas.

Esta tragedia, académicos, es el resultado de lo que ocurre cuando la ideología reemplaza a la ingeniería.²

Cuando el "fanatismo y la incompetencia" desmantela los sistemas de control, la transparencia y la meritocracia.¹

Cuando se olvida que la Gerencia Moderna, sea en China, en Turquía, en Singapur o en Venezuela, es una ciencia que se mide con indicadores de logro y no con promesas y buenas intenciones.

Hemos aprendido, de la forma más dolorosa, que la abundancia de recursos financieros mal utilizados producen "miseria, dolor y desesperanza".

Se aprendió que la cultura, los hábitos y las normas de transparencia administrativa son indispensables para que la inversión en servicios públicos llegue a los ciudadanos y no se malgaste.

La larga noche de los servicios públicos en Venezuela ha sido una gran maestra de cómo debemos reconstruirlos.

Y es normal, frente a la magnitud de esta destrucción, sentir desaliento. El desaliento es un sentimiento paralizante que nos llena de dudas y confusión.

Me está prohibido, como profesor, transmitir ese desaliento. Pero como ingeniero, creo que he encontrado el antídoto.

Lo que me quita el desaliento es la absoluta seguridad, la confianza y el conocimiento de la algarabía colectiva que, en un país tan sufrido, va a producir la reconstrucción de sus

servicios públicos.²

Yo sueño todos los días con ese momento.

Me imagino la alegría profunda en los hogares de San Félix, de La Limpia en Maracaibo, o del Barrio Santa Ana de Caracas, cuando comiencen a recibir agua limpia, constante y suficiente.²

Me imagino a la gente de Parima B, y cientos de otras poblados indígenas conectados al mundo, usando la red para proteger su cultura, su salud, su patria, no muriendo por ella.²

Me imagino a la señora que hoy carga tobos, abriendo su ducha y sintiendo, quizás por primera vez en mucho tiempo, la dignidad del agua corriente.²

Esa algarabía, esa inmensa esperanza y fe en el futuro, va a ocurrir.

Porque los ingenieros, los arquitectos y los urbanistas de esta Academia y de este país, sabemos cómo hacerlo.

Porque ya lo hicimos antes.²

Nuestra misión, la misión que hoy acepto con este honor, es ser parte de los arquitectos de esa "algarabía colectiva".²

Esa, distinguidos académicos, es la forma más placentera, más humana, más hermosa y más compasiva de ejercer la ingeniería.

Muchas gracias.

José María de Viana